

LECTIO 2 - Traduzione di Ester Buenfil Patròn

ESTOS SON LOS NOMBRES

Éxodo 1, 1–13

1 Los nombres de los israelitas que llegaron con Jacob a Egipto, cada uno con su familia, son los siguientes:

2 Rubén, Simeón, Leví y Judá, 3 Isacar, Zabulón y Benjamín,

4 Dan y Neftalí, Gad y Aser.

5 Los descendientes de Jacob eran, en total, setenta personas, José ya estaba en Egipto.

6 Después murieron José y sus hermanos, y toda aquella generación.

7 Pero los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron, hasta convertirse en una muchedumbre numerosa y muy fuerte, que llenaba el país.

En el judaísmo, el libro del Éxodo, como todos los libros de la *Torá* es llamado con la palabra con la que comienza, *šemôt*, los nombres.

Se trata de nombres y no de dígitos,
de una historia personal,
de la historia de un pueblo
y no de estadísticas.

Llamar por su nombre es una relación que implica, que crea un diálogo.

El libro de Éxodo comienza diciéndonos que se trata de personas, de la relación personal con la cual Dios nos involucra, es un proceso de liberación de la esclavitud y de redención que implica a todos y a cada uno de nosotros.

Con el principio del capítulo uno tenemos el pasaje que va de la historia de los patriarcas a la del pueblo de Israel.

La expresión de *Hijos de Israel* (*b^enê yiśrā'ēl*), que en el primer verso significa aún los hijos de Jacob, desde el v. 7 designa constantemente a los israelitas, que son ahora objeto de la acción histórica, de la obra de salvación de Dios.

A partir de esto, el libro nos informa que es una continuación, la culminación de todo lo que Dios ha comenzado en la historia patriarcal y que allí fue concebido: se nos dirá sobre el devenir de un pueblo. Uno de los nombres que se dan al libro del Éxodo es *Sefer Ha-Sheni, Libro Segundo*. Los rabinos enseñan que la singularidad de este libro radica en el hecho de que es el segundo libro en relación al primero, *porque en él está la plenitud del final de toda la creación, es decir, la salida de Egipto y la entrega de la Torá que Dios da a su pueblo (Netziv)*.

Éste no sólo nos habla de la salida de Egipto, sino de la historia que Dios teje con los *b^enê yiśrā'ēl* y que pasa por su liberación de la esclavitud, para llegar a la entrega de la Torá y a la presencia de Dios en medio de ellos con la *Shekinah*.

Pronunciando los nombres, que nos recuerdan una relación personal, individual entre Dios y los *b^enê yiśrā'ēl*, estamos siendo testigos del paso de esta relación hacia el pueblo por completo:

Dios ha actuado históricamente en favor de los hijos de Jacob,

Dios actúa históricamente a favor de los hijos de Israel, su pueblo.

El libro del Éxodo menciona por su nombre a los que murieron, *les recuerdan de nuevo cuando informa de su muerte para mostrar la forma en que eran amados por Dios, en la medida que fueron comparados con las estrellas que el Señor hace salir y entrar contándolas y citándolas*

por su nombre, como está escrito: "Él es quien hace salir una por una, a las estrellas del cielo, contándolas." (Rashi)

La historia de un pueblo se entrelaza con la historia de las personas,
el grande se refleja en el pequeño,
el colectivo en el individual.

La historia de los pueblos, de un pueblo, descansa, encuentra su origen en la historia de los patriarcas, y de sus hijos, llamados por su nombre, y en llamarlos por su nombre, podemos recordar el amor que ha tenido y el cuidado por ellos: en la lista de los nombres de los hijos de Jacob, no hay un orden cronológico, sino que se ha dado el nombre de acuerdo a las madres.

Los primeros 6 hijos, *Rubén y Simeón, Leví y Judá, Isacar y Zabulón* (v. 2) son de la primera esposa: Lía.

Después sigue *Benjamín*, segundo hijo de Raquel, la esposa favorita de Jacob.

Luego están los nombres de los dos hijos de la sierva de Raquel, *Dan y Neftalí*.

Luego, los dos hijos de la sierva de Lía, *Gad y Aser*

Ahora sigue un orden relacionado con el valor, con el amor:

primera esposa,

segunda esposa, la amada,

después vienen los hijos de la sierva de ésta,

y, por último, los hijos de la sierva de la primera.

José, el hijo mayor de Raquel, la segunda esposa, fue nombrado al final porque él no fue con los demás a Egipto: convirtiéndose en una persona importante, él había hecho llegar a Egipto a Jacob y a sus hijos.

Del individuo a un pueblo,
de un pueblo a la humanidad.

Todas las personas nacidas a Jacob fueron setenta (v 5, ver también Gen 46,27)

El número 70 es un número perfecto: para la tradición de Israel el 70 designa al universo entero, se habla de 70 pueblos para representar a todos los pueblos del mundo.

Así, en esta figura podemos ver una alusión al hecho de que todos los hijos de Jacob que llegaron a Egipto son potencialmente toda la humanidad.

6 Después murieron José y sus hermanos, y toda aquella generación.

Ellos murieron, así que este tiempo se ha terminado. Está a punto de comenzar algo nuevo.

Ellos murieron a pesar de que se dice que los hijos de Israel se han convertido en numerosos y poderosos "hasta que llenaba el país." (v. 7).

Por supuesto, *todo el pueblo* es la tierra de Egipto, y quiere decir que se habían convertido en una fuerza importante en la tierra de Egipto, pero el término *hā'āreṣ*, se utiliza para referirse a la Tierra de Israel.

Así que decir que toda *hā'āreṣ* está llena de estas 70 personas que se han multiplicado, es como decir que todas las personas van a subir a Israel.

2 Al fin de los tiempos,

la montaña de la Casa del Señor será afianzada sobre la cumbre de las montañas

y se elevará por encima de las colinas.

Todas las naciones afluirán hacia ella

3 y acudirán pueblos numerosos, que dirán:

"¡Vengan, subamos a la montaña del Señor,

a la Casa del Dios de Jacob!

Él nos instruirá en sus caminos

y caminaremos por sus sendas».

Is 2,2-3

Ya se terminó la generación de los hijos de Jacob, pero existe la introducción de algo nuevo que al fin de los tiempos llevará a toda la humanidad a la Tierra de Israel.

El éxodo de un pueblo se convierte en una profecía de lo que va a pasar con todas las naciones.

Junto a la descripción de una pesadilla tenemos la intuición de una promesa, de un sueño.

LOS SIGNOS DEL PODER Y LOS SIGNOS DE LA VIDA

8 Mientras tanto, asumió el poder en Egipto un nuevo rey, que no había conocido a José.

9 Él dijo a su pueblo: «El pueblo de los israelitas es más numeroso y fuerte que nosotros. 10 Es preciso tomar precauciones contra él, para impedir que siga multiplicándose. De lo contrario, en caso de guerra se pondrá de parte de nuestros enemigos, combatirá contra nosotros y se irá del país». 11 Entonces los egipcios pusieron a Israel a las órdenes de capataces, para que lo oprimieran con trabajos forzados. Así Israel construyó para el Faraón las ciudades de almacenamiento de Pitom y Ramsés.

12 Pero a medida que aumentaba la opresión, más se multiplicaba y más se expandía. Esto hizo que la presencia de los israelitas se convirtiera en un motivo de inquietud.

13 Por eso, los egipcios redujeron a los israelitas a la condición de los esclavos, 14 y les hicieron insoportable la vida, forzándolos a realizar trabajos extenuantes: la preparación de la arcilla, la fabricación de ladrillos y toda clase de tareas agrícolas.

La historia de Israel comienza en el dolor y en la esclavitud, en el exilio.

Desde el principio, nos encontramos en esta escena de sufrimiento.

Y desde el principio el texto también habla del nacimiento de la persona que va a ser un instrumento de liberación. En el escenario del mal ya hay signos de su remedio:

La redención, la liberación, nace allí mismo donde las personas son esclavos, en el río donde son ahogados los primogénitos de los Judíos se salvará a Moisés, el libertador nace de un pueblo esclavizado, su nacimiento sigue, coincide con el decreto de muerte del faraón, ahí donde la opresión aprieta con sus vínculos, se abre el camino a la libertad, cuando resuena la palabra de la opresión y de la violencia, Dios trabaja a favor de la libertad y de la salvación.

El libro del Éxodo nace de la esclavitud como el de la Génesis nace a partir del caos:

en este último la palabra de Dios puso la existencia de todas las cosas, liberándolas de la noche, de la *tohu wābōhū*, de la no forma y del desierto, del abismo, de las aguas.

Aquí la palabra del Dios liberador pone a su pueblo en existencia liberándolo de la esclavitud opresiva y de la muerte, temerosos del poder y con el miedo de perderlo.

El caos, por lo tanto, es el otro nombre del poder faraónico para el cual los *b^enê yiśrā'ēl* no son los hijos amados, no son reconocidos (v. 8: no conocía a José), pero una pesadilla, una fuente de temor y de inestabilidad, que da origen a la esclavitud, a la violencia, a la injusticia, al miedo, a la opresión en cualquier forma, a la persecución, o a la muerte.

El texto nos da una valiosa información que indica la raíz de toda opresión, de todo régimen tiránico: el miedo que genera el terror.

Y quien tienen miedo tienden a oprimir a los demás.

Tenemos que esperar toda la historia de la salvación para que resuene el *No temor* de Cristo resucitado, y para que ese amor reemplace al miedo:

*En el amor no hay temor,
al contrario, el amor perfecto echa fuera al temor,
1 Jn 4,18*

A este poder, el más grande del mundo antiguo, el texto bíblico contraponen la acción de Dios con los signos de la elección de vida, gestos dentro de los cuales Dios trae a la existencia a un pueblo:

dos mujeres optan por la vida (las dos parteras, Sifra y Púa: Ex 1,15-21),
un hombre de la casa de Leví fue y tomó por mujer a una hija de Leví (Ex 2,1),
una madre concibe y da a luz a un hijo (Ex 2,2),
la hija del Faraón se apiada de un bebé extranjero (Ex, 2.6).

Los gestos de humanidad más hermosos y más fáciles y más cotidianos son la base del camino de liberación, son incluso el principio, el lugar donde Dios pronuncia su palabra de salvación.

En el principio... la humanidad. Y que la humanidad sea.

Para la oración:

1) Os propongo una reflexión/oración que nos ayude a fijar la mirada en la pequeñez, en el individuo, en el instante, para acoger en él el espejo de las cosas más grandes. Recordemos incluso pequeños eventos, pequeñas reuniones, pequeñas palabras, que han abierto horizontes más grandes, nuevos caminos y demos gracias por todo esto.

*Estoy escribiendo desde Nazaret.
De hecho, desde el corazón de Nazaret.
Cerca del misterioso cráter en el que Dios se ha hecho hombre y de donde todo comenzó.*

*Absorbido ante la cueva del "sí" de María,
excavo con los ojos el espesor del tiempo,
con la esperanza de apoyar la mirada sobre esa superficie de la roca
donde quien era desde el principio apoyó los pies.*

*Pero no puedo atravesar las capas de veinte siglos,
para hacer descubrir al nivel del piso donde apoyó sus pies.
Los arqueólogos han tenido éxito. Yo no.
Es una aventura hasta el punto de lo absurdo, que carcome mi fe.*

*Porque es difícil que entre esas rocas haya puesto su casa
quien monta los querubines, y se eleva sobre las alas del viento,
y hace de las nubes su carroza,
y extiende los cielos como una tienda,
y construye su casa sobre las aguas...*

Me dejo seducir por las resonancias de los salmos.

*Así veo, que el problema no es saltar dos mil años
y llegar al punto cero de la historia
que registró la encarnación del Hijo de Dios.*

*Con todo, a pesar de que es ingenuo el querer ver en las rocas
las huellas de Jesús
o desenterrar las piedras sobre las que imprimió sus pasos
ya es una satisfacción espiritual increíble
el poder contemplar las montañas de Galilea, y decir:
el mismo perfil de las montañas que entra en mis ojos también entró en los ojos de Jesús.*

*Él vio, en sus noches de insomnio, las mismas constelaciones que veo esta noche.
Y como yo, él también sintió el olor acre de la vinca que me ha perseguido durante todo el día. Y ha
contemplado, también él, como yo, él con cien augurios, yo con mucho pesar,
los estambres de la pasiflora.*

*El problema real, más bien, es cubrir la distancia que separa ese punto cero
del "principio" en el cual "era el Verbo", como dice Juan.*

*¿Dónde está este "principio"?
¿Dónde están las colinas eternas desde donde Él comenzó?
¿En qué espacio sideral de luz se hunde su existencia desde la eternidad?
¿En qué faldas misteriosas de agua residen las fuentes donde el agua vino a bañar la tierra?
¿Es precisamente en esta orilla desolada?
¿A qué plan misterioso de amor pensaba obedecer cuando
después de atravesar la compacidad de los siglos por siempre,
él, el increado que los cielos no pueden contener,
llegó a encallarse en esta bahía caliza que estaba delante de mí?
¿Y es concebible que el plan universal de salvación,
escrito en los pergaminos de Dios desde toda la eternidad,
haya encontrado aquí en estas chozas de pastores, la tecla de la cual se ha actuado?*

*¡Péguy hablaba de la carnalidad de la gracia!
Y a lo mejor me tengo que adaptar a leer en esta frase la única respuesta
capaz de apaciguar el tumulto de mis preguntas frenéticas*

*¡La carnalidad de la gracia!
La salvación que nos alcanza sólo a través de las grietas en los vientres.
Impulsos trinitarios que nos pueden hacer entrever a través de sonrisas humanas
e inflexiones de palabras
y curvas y caricias.
Circuitos de amor celestial que tocan nuestros cuerpos terrenales
sólo a través del parpadear de los ojos,
de fragancias de sudor,
de temores en la piel,
de lágrimas en el rostro.*

Los caminos de flores de la eternidad que, para entrelazar al hombre, se hacen carriles terrenales

*y pasan por nuestros pozos,
y se extienden en nuestros valles,
y suben por nuestros cuellos,
y tocan nuestros hogares.*

*Como esta pequeña casa de María, en la que el aliento de Dios,
antes de dar jadeos de moribundo,
se hizo respiro de un niño,
perfumado de leche materna y de albahaca.*

Si quieres ser universal, háblame de tu aldea.

*Tal vez, quien dijo así ha pensado precisamente en la Nazaret de Jesús,
esta increíble concentración de pobreza,
que ha revestido de su dialecto el lenguaje universal de Dios
y circunscrito en la humildad de la sabiduría de su pueblo la Sabiduría del Verbo.*

Queridos catequistas, termino aquí a fin de no arruinar todo.

*Pero si yo también puedo daros un anuncio de alegría,
como lo hizo Gabriel, quiero deciros lo siguiente:
¡No tengáis miedo!*

*Si aquel que es desde el principio no desdeñó estas piedras,
tampoco despreciará los pequeños peñascos de vuestros pobres corazones.
Aprended a ofrecérselos, para que establezca entre los hombres su casa.*

*Y así continuará, también por vuestro "sí", la aventura de la redención.
(Don Tonino Bello)*

b) Como segunda propuesta, una investigación sobre el *No temed* en la Escritura (68 versículos).

Echemos un vistazo a exactamente quién pronuncia esta palabra, en qué circunstancias y dónde conduce.

Tengamos en cuenta los lugares del miedo, en dónde se insinúa en las decisiones grandes y pequeñas, en el discernimiento sobre los acontecimientos y sobre las personas y pidamos al Señor el celebrar la Pascua, el paso del miedo al amor por todas las cosas.

Para facilitar os ofrezco las citas. Sería bueno que eligierais grupos de libros, por ejemplo, los sapienciales, o los cinco libros de la *Torá*, o los libros proféticos, o las citas del Nuevo Testamento:

Génesis 15,1; 21,17; 26,24; 35,17; 46,3;

Deuteronomio 10,12; 31,13;

Josué 1,9; 8,1;

Jueces 4,18; 6,10, 23;

Rut 3,11;

1 Samuel 4,20; 23,17;

2 Samuel 9, 7;

1 Reyes 17,13;

2 Reyes 1,15; 6,16; 19, 6;

1 Crónicas 22,13; 28,20;

Salmo 49,17; 91, 5;

Proverbios 3,25;

Isaías 7,4; 10,24; 37, 6; 40, 9; 41,10, 13f; 43,1, 5; 44,2; 54, 4, 14;

Jeremías 1, 8; 30,10; 46, 27f;

Lamentaciones 3,57;
Daniel 10,12, 19;
Joel 2,21;
Sofonías 3,15f;
Judith 10,16; 11, 1;
Sirácide 7,35; 22,22; 23,18; 40, 7; 41, 3;
2 Macabeos 7,29; 8,16; 15, 8

Mt 1,20;
Mc 5,36;
Lc 1,13, 30; 5,10; 8,50; 12,32;
Jn 24,15;
Hechos 18, 9; 27,24;
Ap 1,17;

A partir de estos textos o de otros en los que encontramos la misma invitación, tal vez en la forma del *No temed*, compongamos nuestra oración por nosotros o por las situaciones, por las personas, por las comunidades confiadas a nosotros.